

lis; al decir esto, abrigamos la íntima convicción de que en tanto aliente, ninguno llegará á este miserable estado, porque falto de todo, al parecer, aun le quedará algo en que su sentimiento se pueda esparcir; Memnon, convertido en pétrea estatua, saludaba aun con gritos de júbilo el aparecimiento de la aurora su madre.

El terrible estado del sér en el momento que siente la negra angustia de la soledad, cualquiera que sea la causa que la provoque, es como ninguno acreedor á la elegía: tanto es así que, cuando la antigua literatura griega pasa de su primer periodo, en que el Elegos ha sido el canto funerario, la composición destinada á lamentar la pérdida de los seres que se amaban, á la época de su mayor desenvolvimiento, Minnermo, poeta sentimental y dulce, que ansiaba el tiempo sólo para dedicarlo á gratos placeres, al sentir su corazón destrozado por desdenes de la bella flautista Nanno, tañe su cítara de la que se desprenden acentos dolorosos que forman la primera elegía engendada por penas de amor perdido: á Minnermo siguen muchos poetas que lamentan sus dolores y aflicciones en hermosas elegías que imitaron los latinos, haciendo con ello su gloria Gallo, Propercio y Ovidio, composiciones que son trasunto fiel del alma de aquellos esclarecidos vates, ya lloren desvíos de la querida ó expongan deseos por ella, ya lamenten la ausencia de la familia, de los amores y de la patria en las negras orillas

del Ponto donde el destierro les creó su infierno. Género de transición entre la lírica y la épica, sirve perfectamente á los poetas que por igual vierten en sus composiciones el pensar y el sentir, razón porque en los tiempos modernos las hay tan admirables.

Desde el principio se advierte en todas las literaturas, y el género que tan brillante estela deja marcada en la historia, sigue desarrollándose admirablemente; elegíacos son los cantos de los mártires cristianos en las catacumbas, como también los ecos de los bardos en los bosques; acentos de elegía se hallan en la cítara de los trovadores del Mediodía y en las guzlas de los Minnesingeres del Norte; y más tarde, definidos los caracteres literarios de los pueblos, siempre la queja por la pérdida del sér que voló al seno de Dios, el sentimiento por la ilusión deshecha, se halló notablemente expresada, lo mismo en España por Jorge Manrique, Gallego y Espronceda, que en Francia por Milevaye, Lamartine y Chenier; lo mismo en Italia por Petrarca, Castaldi y Leopardi, que en Inglaterra por Young y Gray, que en Alemania por Opitz y Schiller; y al darse á conocer entre nosotros la riquísima literatura mejicana, no podía menos de hallarse en ella, para comienzo de estos pobres trabajos nuestros, un poeta pensador y melancólico, un hombre de saber y sentimiento, un elegíaco de primer orden como es el doctor Hajar y Haro.

Aunque sea grande el temor de equivocarnos,

porque son desgraciadamente muy limitados nuestros conocimientos, nos vemos en la precisión de afirmarlo, es, sin duda, uno de los mejores poetas elegíacos que en las literaturas modernas conocemos, sin que esto sea ignorar que por muchas otras composiciones es esencialmente lírico, y como tal, notable también. Sentada la teoría, y hecho notar que es común á todos los pueblos el género literario que con tanto éxito cultiva el poeta que estudiamos, urge antes que nada determinar su perfecta originalidad, hija de su particular carácter, cosa mucho más fácil en él que en los de la literatura clásica latina, pues éstos, en el afán de imitar á los que fueron sus maestros, se hicieron difusos, oscuros y pesadamente eruditos en buen número de casos. Híjar, como poeta, no ha llevado á sus obras nada que nos lo pueda hacer ver imitador de la escuela alemana, por más que en ellas se adviertan sueños vaporosos con más ó menos gratas visiones, por más que ascienda á nebulosas en las que su potente mirada vea formas que le encanten ó aterricen no puede determinarse en ellas nada que recuerde las dulzuras de Opitz, ni los fantasmas de Hoffmann, ni los sueños de otro mundo con que Rucker y Bürger se han hecho nombre eterno, ni por ideal que sea nuestro poeta nos trae á la memoria idealidades de Brentano ó Tieck, ni menos entre las gasas de sus encantos, se vislumbra la punzante ironía de Heine, como algunos pudieran creer. Híjar,

en medio de la grata oscuridad en que sueña, no puede evitar el rayo de sol que tan potentemente alumbra las latitudes de la tierra bendita donde vió el día, ni puede evitar que en sus versos trasciendan los particulares aromas de aquellas flores hermosísimas, que con los colores de sus pétalos recrean las errantes miradas del desgraciado que, atento al horizonte donde el azul cielo se toca con el mar azul, espera ver algo que no llega. No hay en ellas nada que recuerde la mórbida forma clásica, y sin embargo, les sobran encantos que las hacen recordar; el poeta tiene los ojos empañados por el llanto, pero sus lágrimas las absorbe el corazón; no las deja correr eternamente como Manrique ó Young, no respira el eterno dolor de los trenos desgarradores del bíblico profeta, tiene más bien el melancólico acento del sublime salmo *Super flumina Babylonum*; con tales condiciones y una imaginación rica y poderosa, con un conocimiento perfecto del habla castellana, un profundo estudio del corazón humano, una grande esperanza y un sentimiento exquisito, el poeta es digno, desde todos puntos de vista, de ocupar en el cuadro general de la literatura el puesto distinguido que en la mejicana ha sabido conquistar.

En la lucha incesante que sostiene el corazón, lucha que cada día se hace más dura por los dolores que causa en el alma y que convencidos debemos estar, terminará sólo con la muerte, sin esperar siquiera el consuelo de

que un día, una hora, un momento brille para nosotros sin nubes el cielo de la dicha, el poeta sobre la arena que lame la ola, dejando vagar su vista por la movible superficie del grandioso espejo de los cielos, fiel imagen con su continua agitación del alma humana, prorrumpe en quejas sin que trascienda en ellas más que el lamento que de todos se escapa al vernos como nos vemos. Del hombre aquel que eternamente sonreía al verse dueño de la creación en el Paraíso, hasta el que por su falta fué lanzado al mundo, hay tanta diferencia como del cielo al infierno; era el primero todo calma y todo paz; fué luego y sigue siendo la eterna agitación y la borrasca, pues sin dejarlo descansar las pasiones, lo impelen violentamente en el mar sin orillas de la vida; Titán que lucha y se queja, el hombre actual en alguna de sus manifestaciones ha levantado su airada vista al cielo y lo ha maldecido muchas veces viéndose maldito, pero no es, por fortuna, de éstos, el hombre que nos ocupa. Atenido á la dura ley por que tal vez sin culpa fuimos condenados, atento al porvenir en la esperanza de que sea compensación de sus dolores en esta vida, se limita á suspirar contentiendo su potente sentimiento, que podría correr parejas con las borrascas del fiero mar ante el que lo vemos, en la composición que el cariño le llevó á dedicar á su distinguido amigo, D. Ramón Miravete.

Junto á la negra tempestad del alma
¡Qué son las tempestades de ese mar!

exclamó un distinguidísimo vate mexicano contemporáneo del poeta, y éste, sin perder de vista la gran verdad de tan oportuna exclamación, lamenta sus penas:

En el misterio de la noche bella
Que convida en su sombra á meditar,
Vengo á decirte adios, pálida estrella,
Ahora que duerme sosegado el mar.

Con acentos subjetivos que brotan de lo íntimo del sér, y discurriendo por la vida de los recuerdos traza un cuadro brillante y seductor, en el que bajo cada toque se ve un desengaño, una herida, una decepción, un deseo no satisfecho, pero todo cubierto con el manto de la dulce conformidad, tan propia de las almas fuertes; manifestando siempre ante los riesgos de la vida, la serenidad que es característica condición de las almas grandes, tras las consideraciones que expone en forma magistral, al ver cómo el cielo pierde la brillantez que le es tan propia y se torna negro como el alma del que ama sin ser correspondido; al ver cómo se encrespa la onda y en sus bordes parecen agitarse serpientes de pardos lomos, que quieren abrazarlo todo, que en sus esfuerzos se rompen y que de sus pedazos brotan más; al ver cómo en montes de espuma el agua salobre se estrella contra la arena que por la sacudida se deprime dejando ver por sus grietas hondo

abismo en cuyo fondo se hallan sepultadas generaciones y generaciones, y que más tarde, recordando Dios la promesa que hizo después que la paloma volvió con la rama de oliva, brilla el iris y se despejan los nublados y el mar se amansa, advirtiéndolo que sólo son eternas las borrascas en este pobre corazón que en nosotros late, exclama justamente:

Mas... todo torna á recobrar la calma,
Torna la blanda brisa á suspirar.
Junto á la negra tempestad del alma,
¡Qué son las tempestades de ese mar!

Una de las composiciones en que más se manifiesta el tierno sentir de Híjar y Haro, que más prueba la delicadeza de su corazón y más atestigua la sencillez de su alma, es la que titula *Recuerdos del Hogar*. En la forma libre que exige la ardiente inspiración, siendo cada verso un suspiro y un modelo de perfección cada estrofa, con una verdad en los símiles que encanta y una sencillez que seduce, el poeta en días azarosos castigado por tristes penas, cuando por caprichos de negra suerte se veía obligado á abandonarse á merced de los mares, recuerda tristemente las dichas del bendito hogar, y al leer tan sentida poesía, vemos con qué exactitud lamenta el bien perdido al notar cómo en la conmoción profunda que revela nos conmovemos todos. El recuerdo de aquellos primeros días que veíamos transcurrir tranquilos sin que un mal recuerdo viniera á

turbar nuestra mente, la memoria de pasados tiempos en que todas fueron venturas, arrancan al alma profundos y terribles ayes, pues es cierto, como ha dicho el gran poeta épico italiano, que no hay dolor mayor que el que causa recordar el tiempo feliz en la desgracia, pero tal vez porque luego la calma sea mayor y de mejor modo gocemos, es lo cierto que parece hay verdadera complacencia en martirizarnos, recordando lo que tanto nos hace sufrir, y esta verdad tan grande, la manifiesta el poeta en los irreprochables términos siguientes:

Pues lo queréis, amiga, y el recuerdo
es una flor que el corazón perfuma,
escuchad una historia, aunque se pierda
de las viajeras olas en la espuma.
Tal vez así con mis suspiros vaya,
mecida en los escollos de los mares,
feliz buscando la remota playa
donde canté con harpa entristecida,
eterno adios á mis benditos lares.

Y luego en tiernos acentos recorre como isócrona escala los días de su vida y vemos cómo por la soledad que en cada uno aumenta, camina con pasos de gigante hacia el desierto:

Las flores se secaron en el huerto,
los árboles perdieron su verdura,
de las pintadas aves
enmudeció el concierto;
y entre las ondas de la fuente pura,
corriendo ví con lágrimas de sangre
gota á gota la hiel de la amargura.

Poética visión en cuyo fondo late el más grande de los dolores, ocurre al poeta cuando tiene el más grande de los justificativos, porque pobre de aquel que no sienta el alma rota al hallarse sin madre. Es tan intenso, puro y grande el amor que nos inspira el sér que nos llevó en su seno, con su sangre nos dió vida y nos animó con el calor de su alma, que todos nos resistimos á creer que ha de llegar un día en que nos hemos de encontrar sin él; pero como es la realidad desesperante y nada puede el infinito cariño nuestro contra la saña del tiempo y la impasibilidad de la muerte, al encontrarnos en el vacío que nos constituye la falta de su ternura, lo vemos todo triste y negro, no hallamos en nada encanto, ni percibimos sonrisas, ni alcanzan luz nuestros ojos, y estos íntimos sentimientos, que todos perfectamente comprendemos, los manifiestan sólo con aproximativa verdad privilegiados seres como Híjar y Haro, que ha sabido sorprender los ayes de la naturaleza cuando llora, para expresar en sus versos la tristura resignada del Job de la Biblia, que no exclama con tanta energía como él.

¡Qué horrible soledad la de este mundo
de inanimados seres!
¡Qué silencio tan hondo!
Al marcar el reloj cada segundo
se hunde un siglo de llanto y de placeres
allá en la eternidad, sin luz ni fondo.

Los lares bendecidos de todos inspiraron al

poeta notabilísima composición, una de las mejores que contiene *La Lira Mexicana*. Siendo puramente expresiones comunes á todos los seres, no se advierte en ella nada que nos recuerde otra cosa sino la poderosa fantasía y rica imaginación que en el vate lucha, aunque sin obtener ventajas, con su profundo saber.

Donde el verdadero carácter del poeta se ha manifestado, donde brillan las condiciones de su propia naturaleza, deja vagar su alma y se esparce su corazón; donde más se admiran sus sentimientos delicados y más puede comprobarse las tristezas que nos llevaron á calificarlo de elegíaco, es en la composición titulada *Misterios de la noche*, composición que, á nuestro modo de ver, es una de las mejores del poeta cuyo estudio hacemos. En todo tiempo la noche, á la que en la antigüedad llamó Ovidio *Nutrix maxima curarum*, y de la que en los tiempos modernos ha dicho Pelletan que pertenece al pensamiento, como el día á la acción, tuvo encantos indefinibles, causó sorpresas extremas, y en las primitivas teogonías supúsose la por unos hija del cielo y de la tierra, los poetas órficos dijeron que era el principio de que todo ha salido, y Homero afirmó que Júpiter mismo la respetaba. Los poetas, y en general los artistas, se ocuparon en ella: Virgilio, en un pasaje de su inmortal poema, la hace ver en un carro tirado por dos corceles; en otro cubriendo á la tierra con sus extensas alas: concepciones reproducidas